

SONIA GUADALUPE ARIAS

Licenciada en Artes Visuales y Magister en Etnoliteratura, Universidad de Nariño.

EN EL PRINCIPIO

¡Oh Abba!
El insubstancial
El Eterno
¡El Innominado!
Permite que mi pluma permee
Con tacto magistral
Los poros ardientes de este sensual papiro
Permite que la roca dance lisonjera
Entre la regocijante esdrújula de mis manos
¡Moldea esta falaz figura!
Que sutil en el burdel se adormece
dentro de tu pasional regazo...
¡Permite que sobreviva a este trago amargo!

POSTDATA

Nadie más lo sabe,
Nadie más lo ha sentido
Solo dos almas solas
Han fundado el universo.

ODA AL BANQUETE DEL AMANTE AUSENTE

No es sólo el cuerpo
¡Es aquello que se encuentra habitándolo!
Es el aletear de mariposas
Susurrantes en medio de los dos
Otorgándonos la “señal”
Para continuar...

Indisolubles signos
Han sido entregados
Los sabios acaban de reconocerlos
a través del oráculo.
Ya todo está escrito...

El banquete se ha dispuesto en la mesa, los más gratificantes manjares con texturas, olores, formas y diseños mil, se brindarán a aquel que demuestre ser -el invitado especial-, al que se espera con la añoranza de quien evoca en invierno el surgimiento de la purpúrea rosa.

El tiempo para ofrendar el banquete ha sido llegado, la anfitriona se engalana con el esmero natural de la auro-ra; cree, sabe, confía (y a pesar de los pesares), continúa creyendo, confiando, esperando...

Ya el viento, el agua, el tiempo, el sol... seguido de su luna y de los suspiros que arranca a la vida; se han hecho presentes para pecatar sobre la tardanza del invitado (¿se habrá equivocado el oráculo?) y hacen mella en el banquete que empieza a deslucirse. Más, la anfitriona quiere evitar a toda costa su deterioro; así que, en las mañanas y a la misma hora, renueva todos y cada uno de los platillos dispuestos en la mesa y envía continuos emisarios por aire, mar y tierra, que replican impacientes a los cuatro vientos:

¡Ya es el tiempo, el templo está dispuesto!

El tiempo...

¡Y el templo que no sucumbe ante el tiempo! ...

Adviene uno que otro pretendiente atraído por el aroma excitante. Sin embargo, el corazón de ella sabe (igual que Penélope con Ulises...) que ninguno ostenta la pasión de su adorado. Y continúa engalanando su mesa al renovarla cada mañana y en la noche realiza los preparativos sobre la manera cómo la dispondrá al día siguiente.

Continúa transitando el tiempo en el templo. ¿Por cuánto tiempo más?

Algunos pretendientes se han marchado ya con las furias atrapadas entre sus dientes y la valentía restregada ante sus ojos... Ella, con la impaciencia que le otorga la paciencia, observa con jubilosa tristeza cómo las golondrinas revolotean en círculos sobre su amado templo... Como si estuviesen contando al viento la verdad que ella tanta espera. Pero aún no puede entenderles, así que suspira y continúa esperando la llegada de...

De repente, algo sucede:

A lo lejos puede observarse una figura gigante que atraviesa con paso firme las dunas del desierto, en ningún momento se detiene, no mira hacia atrás. Tropezaba, camina en ocasiones más lento, pero continúa.

Ha empezado a llover, su figura se encuentra empapada, sin embargo; los pasos siguen siendo firmes y serenos. Ya se acerca al templo... El corazón de ella se acelera, pero su cuerpo permanece como estatua de sal.

Las miradas se encuentran, las manos se enlazan, los corazones danzan. Un abrazo, dos, muchos más. Caricias y besos mil impregnan de púrpura el ambiente durante todo el tiempo que están juntos, tiempo justo para brindarle un suspiro a la vida. Pero ella se pregunta para sus adentros si será un pretendiente más (¿se habrá equivocado el oráculo?) y se reserva el néctar para el momento justo (¿el momento justo?). Él, le ciñe la cintura, prometiéndole llevarla a su templo personal; ella acepta. Permite que el dueño del tiempo, del templo; decida y dé cumplimiento a aquello que ya está escrito.

En aquel preciso momento
Suenan las campanas del Eterno
El sin nombre,
El sin fin.

Hace su aparición un ser que dice ser el -invitado especial- Presenta los títulos que lo acreditan como tal, sin embargo; Ella ha enlazado las manos del recién venido, ya se ha mirado en sus ojos y se ha percatado de su esencia de violetas y de esos bucles que danzan con el viento... Un quebranto salado pinta lentamente la transparencia de su rostro, mientras rememora las fulgurantes mañanas en que disponía todo cuanto fuera preciso en la espera de aquel -invitado especial-.

Espera...

En que aprendió a costa de sufrimiento, que la impaciencia y la paciencia son hermanas gemelas alimentadas por un mismo pecho, que los besos fervientes continuarán quemando hasta el momento de exhalar el último suspiro, que para fundir los celos, es necesario hermanarse con ellos hasta lo más profundo del orgullo, que la tibieza de las lágrimas, se convierte en el bálsamo divino que derrite progresivamente al témpano que opaca el alma. Que siempre se conservará intacta, inamovible, aún cuando sea atravesada por las beligerantes danzas del tiempo dentro de su templo
Aprendió...

Y aprende a aceptar la voluntad del Hacedor en su vida.

El recién llegado pregunta...

¡Y qué! ... ¿Cuándo nos vamos a deleitar con ese banquete?

Y como recién ha llegado, no se percata del humus, de la pradera y el vapor, del rocío y el fango que se han anidado en su ausencia...

Ella se queda absorta por una milésima de segundo y solo acierta responder, en medio de un sello incierto que le provoca las palabras en entrega absoluta:

- cuando usted quiera... Y pueda...

¡Ya todo está escrito!...

No es solo el cuerpo.

¡Es aquello que se encuentra habitándolo!

A SOLAS

He perdido en este tiempo los pergaminos

Que me conducen hasta vos

Quizás algún esbirro los haya desaparecido para que junto a ellos, yo también pierda el rumbo, parece como si existiese tras de todo este drama, una mano negra que está dirigiendo los hilos del destino y atina siempre con el desatino de los dos, puesto que en cada posible encuentro surge de manera extraña un imprevisto que nos une en la distancia.

Sin embargo yo, aún no me doy por vencida y a pesar de todo (y de todos) sé y siento que he de librar la batalla final con el oscuro ser sin rostro que desea acribillarme, que -me tiene ganas de las buenas-... quien en sueños me ha ensangrentado, humillado y arrojado con furia contra las paredes y que nunca se deja -ver- ... Y que se llama a sí mismo: -el dueño del miedo- ... Quien en vigilia actúa como el señor de las fortuitas circunstancias del desencuentro y atisba a través del chip temporal, cada paso, cada respiro, todo suspiro.



Sola...

A solas

y en medio de todos debo enfrentarme a él,

Tomarlo de frente para poder verle el rostro

Y por fin, verme en sus ojos...

Que presiento luminosos

Oscuramente luminosos...

(continuará)

¡HOLA NIÑO!

Hola niño de mis sueños! niño de un solo tiempo, de muchos vientos, de bucles dorados danzantes al sol. Me miras con la timidez del vespertino lucero, atraes mi atención mientras juegas con una pulida piedrecita de río. Yo... río por tu ocurrencia y me acerco a vos con el miedo que me detiene, me acerco a tu juego, ¡me acerco! ...

Ahora actúo en tu alegría, niño de bucles dorados ensortijados por la mar; me miras con tu sonrisa encantada, me absorbes en tu timidez vetada, cada paso que das (doy) se convierte en el indicio para manifestar el universo, para despertar (nos) a las almas dormidas que se regocijan al observar la cinta que protagonizamos juntos.

¡Niño de sortijas brillantes espolvoreadas al viento!

¡Te amo, niño mío... te amo!

Empiezo a realizar ciertos movimientos para que me percibas: algo así como tocar una planta o arreglarme el sensual vestido de nena que mi madre ha confeccionado para mí (un diseño entre maternidad y dulzura), mirarte y sonreírte con la fugacidad de la mariposa... Hasta que finalmente, reclamo tu plena atención cuando mi madre grita con la acción quien le impélela ansiedad y regaño:

- ¡La nena, la nena!

Tú, corres hacia mí, me tomas entre tus brazos (¡estoy en tus brazos!) y me llevas de regreso a la casa de campo que habitas... ¡Gracias a un designio divino!, la hazaña ha sido cumplida y en mi mente, recapitulo toda la escena de principio a fin:

Yo atravesando sola la carretera para que acudas a mí, para que me tengas cerquita de ti y ahora, entre tus brazos soy la niña más feliz del cosmos. ¡Niño, niño dorado con caracolillos serpenteantes en mi corazón!
¡Te amo entrañablemente!

Y me hubiese gustado seguir jugando contigo en nuestro tiempo de infancia, me hubiese gustado sentir otra vez, muchas veces más, tu cercanía, tu invitación a travesear con las pulidas piedrecitas en el patio de tu casa, producto de algún río arcaico que se desesperó de tanto trasegar y solo dejó las piedrecitas como prueba de su amor; mi invitación al delirio de la cercanía, el tacto tuyo con el mío. Pero ahora, ¡ya recuerdo!... ahora Yo soy tu madre y debo cambiarte el pañal, besarte tus labiecitos carmín y darte a beber de mi seno. Niño que enredas tus deliciosos rizos en mi alma:

¡Te amo, niño Divino, te amo!